

10

FILOSOFÍA Y BIOLOGÍA II: ¿CADA VEZ SOMOS MEJORES ESPECIES?

Milton Valtierra.

Hace mucho tiempo hablaba con un compañero de la facultad de filosofía acerca de una idea que yo tenía sobre la evolución. La parte más relevante de esa plática para este trabajo es la comprensión que tenía de cómo funciona la evolución, a saber, como si fuera progresiva.

Le comentaba a mi amigo que la evolución iba perfeccionando algunas características que teníamos, como el desarrollo del cerebro, lo cual desencadenaba comportamientos específicos en relación con esas mejoras. Por ejemplo, que tanto nosotros como especie humana y los delfines, criaturas de gran inteligencia, somos criaturas que buscan realizar actos sexuales por puro gusto en lugar de únicamente por razones de supervivencia. Es por esto que, según yo, mientras más evoluciona una especie, más libertad de acciones adquiere porque ya no tienen que comportarse únicamente siguiendo su instinto.

Sin embargo, mi amigo me comentaba que le parecía problemática la interpretación que tenía de la evolución, ya que él me decía que no es progresiva, sino que es el desarrollo de adaptaciones en base a un ambiente. Por ejemplo, él me dijo del caso de una tribu en

África que, por evolución, se volvieron inmunes a una enfermedad que habitaba en las fuentes de agua de la región. Esta inmunidad se dio porque las nuevas generaciones desarrollaron glóbulos rojos deformes, los cuales provocaron que la enfermedad no pudiera infectarlos, pero me decía mi amigo que esta no es una mejora en sí, sino que de hecho es como si nacieran con una enfermedad que únicamente los ha hecho inmunes a la otra que estaba en el agua.

Otro ejemplo son las diferentes razas de perros que conocemos. Estas diferentes variaciones fueron provocadas por la “evolución artificial”, es decir, un proceso de selección y crianza de animales y vegetales provocado por la humanidad para que una especie desarrolle características específicas. Así, los perros salchichas tienen esa peculiar forma porque se buscaba tener perros de caza que pudieran entrar en madrigueras de animales pequeños como conejos. La forma en que se logró esto fue manteniendo con vida a las descendencias del ancestro del perro salchicha que más alargados y pequeños fueran, lo cual en su momento no era mucho en contraste a lo que conocemos hoy.

Después de repetir este proceso por múltiples generaciones, fue que finalmente se obtuvo la forma característica de esta raza de perros. Como vemos con estos dos ejemplos, la evolución no es un proceso en que se “mejora la especie”, sino que se adapta a un ambiente, ya sea este último determinado por la naturaleza o por la humanidad. A partir de esto, podemos pensar en ejemplos como al imaginar una criatura adaptada a las altas temperaturas del volcán donde habita, el cual repentinamente se seca y provoca que ya no haga calor, ocasionando que la adaptación de esa especie se vuelva en su contra y le provoque la muerte, a menos que las siguientes generaciones desarrollen alguna característica que les ayude a sobrevivir.

De hecho, las mutaciones que cada generación presenta, que es la forma en que la especie evoluciona, en relación a cuáles de esos cambios ayudan o no a sobrevivir a la especie, son completamente aleatorios. Estos cambios no suelen ser muy drásticos, sobre todo porque se producen por un error al momento en que las células copian el ADN de los padres a las crías, resultando en copiar mal el código y provocando alguna ligera alteración. Así, las características que pueden ayudar a una especie a sobrevivir mejor están determinadas por la suerte: desde que se den mutaciones útiles para que la especie sobreviva, hasta que



el ambiente donde viven no cambie demasiado.

Desde esa conversación con mi amigo, nunca más he considerado que la evolución de una especie significa que cada vez sea mejor. Debido a que en general un hábitat no se altera mucho, la evolución de una especie sí implica que adquieren una mejor posibilidad de sobrevivir, a la vez que limita el favorecer que atributos muy raros se desarrollen. Sin embargo, todo sigue regido en buena parte por la suerte, por el espontáneo diálogo entre una especie con todo lo que le rodea, desde el clima y las plantas, hasta otras especies con las que tiene que competir.

Lo mismo va para nosotros, donde el ambiente que nos hemos creado, como el capitalismo, tal vez pueda favorecer ciertas características, pero en cuanto algo en ese entorno cambie, ya no serán útiles esas alteraciones.